

LA UNIDAD CATÓLICA,

ÓRGANO

DE LAS ASOCIACIONES DE CATÓLICOS DE LAS BALEARES,

BAJO LA DIRECCION DE

D. JOSÉ MARÍA QUADRADO.

Sabemos desde ahora que se intentará negarlo; conocemos todo el interés que habrá en aparentar desconocerlo; pero ante Dios y ante la patria aseguramos que esta es la verdad.

IDEM.

Esta Asociacion no solamente esquivada sino que rechaza todo cuanto pueda dar ni aun sombra de pretexto para que se la confunda con ningun partido político.

MANIFIESTO DE LA CENTRAL DE MADRID.

DE LAS RELACIONES

DE LA RELIGION CON LA POLÍTICA (*).

ARTÍCULO I.

Cuestion gravísima y agitada por ambas partes con vigor y empeño, y aun con exajeración; cuestion de trascendencia inmensa, sobre la cual no se permite la duda en una situacion fija ni en un gobierno organizado; cuestion resuelta contradictoriamente muchas veces por unos mismos hombres segun las pasiones ó intereses del momento, es la que ventila si la religion debe mezclarse en la política y dirigir en cierto modo su curso, ó si ambas deben marchar completamente emancipadas é independientes por distinto camino. Todos los hombres sensatos y racionadores aceptan la coexistencia de estas dos instituciones, de estos dos órdenes ó mundos diferentes; todos convienen, y es casi inútil y hasta fastidioso repetirlo en estos tiempos, que sin religion no hay orden ni sociedad, y que es imposible una nacion de ateos. Gracias á Dios y á su providencia, que por un corto momento abandonó á los hombres á la per-

versidad y degradacion de su naturaleza y les retiró la luz que rechazaban, es ya un axioma lo que hace poco era una cuestion, ¿qué digo? una chochez de los siglos de barbarie, indigna de permanecer en un tiempo en que se habia verificado la bella invencion de vivir sin alma y de morir sin Dios.

Y nótese de paso que los hombres religiosos nunca han negado la política, es decir la existencia de derecho de un gobierno terrestre, antes bien lo han apoyado y fortalecido siempre por el admirable instinto de unidad, carácter distintivo de toda verdad y de todo orden: al paso que la política ha beñado la religion, la ha escarnecido, la ha crucificado, se ha lisongeadado de poder dirigir la sociedad sin su auxilio; y al reconocer á fuerza de escarmientos su propia impotencia, la llama sí, pero la desnuda, la deja vivir solo en cuanto puede servirle de apoyo y de medianera, y se gloria luego de haberla creado como una de sus instituciones. No llamaremos á esto escándalo, sino locura, porque bien mirado todo, ¿quién gana mas en la alianza, la política ó la religion? cuál puede pasarse mas una sin otra? El alma sin cuerpo siempre es un espíritu; el cuerpo sin alma es un cadáver, hoy escuálido é inmóvil, mañana corrompido. Han existido teocracias, *ateocracia* no hemos visto ninguna. Si se admite la existencia de un Dios conservador de los mundos que ha criado, ¿qué imposibilidad habria en que fuese legislador civil y soberano inmediato de un

(*) En 1843 escribí para el *Católico* diario de Madrid estos artículos, que dos años despues se reprodujeron con leves modificaciones en el *Conciliador*. Hoy, si no me engaño, al cabo de un cuarto de siglo es tal su actualidad que parecen escritos para las presentes circunstancias; lo cual demuestra que si bien azarosas, no son estas imprevisitas ni siquiera nuevas. Ni en la apreciacion de ellas ni en mis juicios encuentro un ápice que variar.

pueblo? ¿No podría dirigir visiblemente una nación en su parte temporal, por sí ó por sus delegados, quien rige el universo? Pero el hombre ¿se atrevería á reemplazar á Dios en la parte espiritual? Si existe pues el orden político, es una sujecion, es una amarga necesidad, un triste efecto de la degradacion del hombre, así como el peso de la materia, el cautiverio de los sentidos, la debilidad de nuestros cuerpos nos ligan á un sin fin de necesidades materiales. Colocad al hombre en el estado de inocencia, y carecerán de sentido las leyes y los jueces, lo tuyo y lo mio, el mandar y el obedecer. La religion nació con el hombre en el dia de su creacion; la política, el gobierno humano nació en el dia de su caída.

Si quizá nos hemos elevado mas de lo conveniente á los principios de las cosas y á las regiones metafísicas, como suele decirse, ha sido para que recordando el origen y naturaleza de la religion y de la política, mengüe un poco el orgullo y desden con que mira esta á su hermana primogénita: por lo demás admitimos, y admiten todos los que piensan, la existencia de entrambas y la necesidad de que mutuamente se afirmen y robustezcan, aunque apenas hay dos que convengan en las relaciones que deben unir las y en el modo como deben obrar é influir una sobre otra. Opinan algunos que esta influencia debe ser muy inmediata, y tan estrechos los vínculos que unan á entrambas, como lo son los del alma con el cuerpo, como lo están los intereses espirituales que una representa con los intereses materiales representados por la otra. Los hay por el contrario que juzgan que la demasiada union debe ser forzosamente dañosa á la independenciam de una de ellas y á la tranquilidad de las dos, que no es posible acercarlas sin que recíprocamente se absorbieran, que el único medio de mantenerlas acordes es separarlas, dejando á cada cual su accion libre y su dominio demarcado. Y es de notar que estas dos opiniones tan distintas están apoyadas en razones unas plausibles, sofisticas otras, unas religiosas y otras impías, que son profesadas por hombres bien

diferentes y con muy diferente objeto y sentido, y que en uno y otro bando se hallan incrédulos y creyentes, pretendiendo estos favorecer la religion con los mismos principios con que otros intentan perjudicarla.

Así pues de los que quieren separar y aislar la política de la religion, los hay que así piensan por odio ó indiferencia hácia esta última; quieren que la ley sea atea, es decir, que reniegue de su padre, de su único y verdadero origen que es Dios, y esperan que la religion abandonada á sí misma perecerá, porque no comprenden otro apoyo que el material, ni otro poder que el de la fuerza. ¡Insensatos! parecidos en esto á los miembros de un cuerpo que quisieran privar de alimentos al alma, y que no conseguirian sino suicidarse, al paso que el alma se desprenderia de ellos siempre libre y siempre inmortal.

Pero muchos hombres religiosos que saben que el estado subsiste por la religion, y no la religion por el estado, sostienen sin embargo, aunque con objeto muy distinto, esta misma independenciam y aislamiento. Conociendo de donde le viene á la religion el apoyo y la vida, y seguros con las inmortales promesas que afirman su indestructibilidad, se curan muy poco de procurarles el apoyo de acá bajo: saben por larga esperiencia lo que significa la proteccion de los gobiernos, y cansados de ver las invasiones del poder temporal y su constante tendencia á explotar y á torcer á sus fines las cosas mas santas, desean un culto menos rico y espléndido tal vez, pero mas independiente; y á trueque de libertad cedieran de buena gana los onerosos privilegios y el protectorado con que se emboza el predominio y fiscalizacion mas absoluta. Observan ademas cuan facilmente las pasiones terrenas se insinuan hasta el pié del santuario aun sin abrirles las puertas, y calculan los males que se siguen de la confusion de los dos poderes ó de su relacion harto inmediata, ya sea que la religion se vea empujada por las calles en pos de una bandera humana, ya que la política penetre osada en el fondo de los templos. Recuerdan que la religion ha existido siempre, y existe aun en el dia, bajo

todas las formas de gobierno, y que ningun sistema político puede gloriarse de ser su esclusivo apoyo y protector; ni lavarse enteramente de los agravios y perjuicios que le ha irrogado; que los estados perecen, que la opinion y los intereses políticos varian de fase á cada momento, que los pueblos se disuelven para volverse á formar, y que á la religion eterna é inmutable no le conviene aceptar alianza ni union con nada de mudable y perecedero, para que no sea ni aun aparentemente arrastrada en su ruina y participe de su mortalidad.

Tales nos parecen en compendio las razones, por cierto elocuentes y brillantes, con que muchos, especialmente en este siglo en que mas que nunca se ha palpado lo caduco de las cosas políticas y lo indestructible de la religion, abogan por la completa emancipacion de esta; y en nombre de la libertad y tolerancia misma que tanto se proclama, piden una garantía contra las invasiones de la política y la opresion de los gobiernos. Otros empero quisieran continuar aquel estrecho enlace, aquella especie de fusion que entre una y otra reinaba, y esto con fines tambien muy distintos. Los hay que pretenden incluir á la religion dentro de la esfera política para dominarla así mas á su sabor y tenerla á pupilage, sea porque la crean incapaz de existir por sí sola y se tengan modestamente á sí propios por sostenedores suyos, sea porque no estén en ánimo de darle lo que le pertenece y le es debido. Pero ademas de esos hombres, restos de otro siglo, hay otros que desearian insinuar la religion en la política, no como sierva, sino como alma de esta última, para que la vivifique y la dirija, y apetecen renovar aquella concordia envidiable y fraternidad antigua que mediaba entre el estado y la iglesia, cuando ambos de acuerdo, ambos independientes, concurrían á una misma obra y á un mismo fin. Creen que la religion no debe retirarse de los negocios humanos, por la misma razon que el alma no debe abandonar el cuerpo; y que abdicar completamente la direccion y supremacia que sobre ellos le compete, seria abdicar el cargo

que Dios mismo le confió, seria cobardía, cuando no una especie de suicidio. La religion, dicen, es la madre de las sociedades, y por mas que las hijas desconozcan y agravien á su madre, no debe esta cesar en su maternal solicitud; así como Dios llueve sus beneficios sobre los mismos que le niegan.

Si es difícil hacerse cargo de las varias y encontradas opiniones que reinan acerca de las relaciones que deben unir á la política con la religion, mas difícil es todavía el pronunciar cuál sea de entre ellas la mas acertada, y dar una solucion que satisfaga á todos los intereses, necesidades y circunstancias actuales, diversas tambien y aun encontradas entre sí. Porque si la religion tiene necesidad de independendencia y por consiguiente de aislamiento respecto de la política, la política necesita tambien de direccion, es decir, del apoyo religioso; y si hay casos en que debe aquella mantenerse dentro del santuario, lejos del estrépito de las pasiones humanas, neutral á todos los partidos para ser respetada de todos ellos, los hay tambien en que debe salir de su solemne reposo, y presentarse en medio de la lucha para acallarlos y conciliarlos con todo su influjo, ó para repeler al profano que se atreva á poner los piés dentro del sagrado recinto. Seguir pues en todo evento y sin distincion alguna uno de los dos sistemas esclusivos, ni fuera conveniente ni justo; y á veces el aislamiento é independendencia pudiera degenerar en culpable indiferencia ó abandono; á veces la demasiada intervencion é influjo pudiera calificarse de ambicion ó de espíritu de dominio, que mas tarde viniera á degenerar en servidumbre. Pero nos atreveremos á decir, que atendida la indole del siglo y la fuerza de las circunstancias y el giro de la opinion, conviene mas á la religion por lo general separarse de todo punto del movimiento político, que seguirlo y esforzarse en dominarlo, sin peligro de las restricciones que mas abajo señalaremos acerca de los casos que pueden darse, no de intervencion, sino de legitima defensa.

J. M. Q.

DESAGRAVIOS.

Hoy día de la publicación de este número nuestra magnífica catedral se presentará revestida de desusada pompa. La vasta capilla mayor cubierta con sus ricas colgaduras, é iluminada por aquella gran masa é hileras de luz que se derrama fuera por las espaciosas naves y eclipsa casi en mitad del día la de los vidrios de colores; el altar adornado y dispuesto como en extraordinarias solemnidades, y en su afligranado trono bajo precioso dosel espuesto perennemente Jesucristo Sacramentado. A las siete de la mañana acudirá una serie (numerosa, así lo esperamos) de hombres de toda edad, rango y condición á recibir el Pan Eucarístico, y durante todo el día aparecerán de rodillas en las gradas del presbiterio esos mismos hombres con antorchas en la mano, hermanados por un mismo sentimiento y alternando de doce en doce cada media hora. Se cantará la inspirada misa de Dietsch modelo de música genuinamente religiosa; el púlpito permanecerá vacío, y á la augusta celebracion del santo sacrificio seguirá una conmovedora rogativa. Por la tarde al magestuoso canto del coro sucederán las melodiosas notas del Trisagio y las patéticas de la letanía Lauretana cantada por los seminaristas, y con la sencilla é imponente magnificencia propia de la catedral mallorquina se verificará la reserva del Santísimo.

¿Qué objeto tendrán estos cultos que á lo espléndido de una fiesta parecen reunir lo angustioso de una súplica y casi lo lúgubre de una expiación? Porque no se revela en signo alguno exterior, ni toma voz por decirlo así en algun discurso sagrado? Qué es lo que se festeja? qué es lo que pasa? qué es lo que se teme? Ah! nadie lo pregunta, porque lo saben todos; está en la conciencia de todos y en los labios de nadie. Nunca fué el silencio del púlpito tan elocuente: la voz mas enérgica podría espresar apenas lo que siente en su interior cada cual. Son los funerales de la unidad religiosa, no disuelta naturalmente, sino muerta á mano airada; es la satisfaccion

presentada ante el trono del Altísimo por católicos españoles de los agravios de otros tambien españoles y que ayer aun pasaban por católicos; es una declaracion de fé contrapuesta á la declaracion de impiedad de algunos representantes de la nacion. ¡Cómo será doloroso, á vista de aquel esplendor tan semejante al que desplegó el grandioso templo en la primavera de 1855, al oír aquellos inolvidables acentos casi los mismos que entonces resonaban, cómo será doloroso comparar, apesar de la analogía de entrambas épocas, la diferencia del motivo de unas y otras demostraciones, entonces por la declaracion de un dogma (el de la inmaculada concepcion de María), ahora por la negacion de todos los dogmas! Cómo será punzante recordar que la repetida glorificacion á la augusta Trinidad, que conmemora hoy la Iglesia, es para ahogar una sacrílega bufonada, que la invocacion á la Virgen purísima es para indemnizarla de insolentes ultrages á su virginidad, que no hay allí homenaje que no presuponga una blasfemia, ni nube de incienso que no neutralice alguna infeccion!

Entramos, no me cansaré de repetirlo, en una era preñada de luchas, de zozobras y de peligros, cualquiera sea la situacion política en que llegue á asentarse nuestra patria, por vigorosa que sea la mano que dirija sus destinos. Latente ó descubierta no se estirpará tan pronto la cizaña que produce ya su cosecha, que está creciendo y pululando por todas partes, que se siembra á manos llenas como nunca. El error irá cambiando de formas; pulirá tal vez esa brutalidad primitiva que ha sublevado los estómagos al par de las conciencias, y que no mereciera los honores de una protesta si no fuera por el lugar en que ha aparecido. Pero ay del día en que transfigure su repugnante aspecto! Ay del día en que nos acostumbremos á su voz y á su contacto! ay del día en que deje de escandalizarnos y estremecernos!

Oremos por nosotros: oremos aun mas por nuestros hijos, que van á verse espuestos á mas peligrosos trances. Formemos religiosamente su alma y su corazón; leguémosles el

caudal de fé de nuestros padres, con mas entereza, con mas solicitud aun que ellos nos lo legaron, para que en la futura generacion no haya las apostasías que en la nuestra. Redoblemos en fervor y en piedad: ved que nos están mirando, que nos toman en cierto modo el pulso. Esos mentidos sabios, esos gárrulos oradores se lisongan de caernos en gracia; en la indiferencia de nuestro rostro quieren leer indiferencia por el catolicismo; hasta pretenden sorprender en nuestros labios una sonrisa de adhesion; hasta se figuran, desgraciados! que los aplaudimos. Con bienes positivos, con dinero, qué digo? con huecas frases, con títulos irrisorios tratan de comprarnos como alhaja de desecho nuestras creencias..... ¿Las venderemos?

J. M. Q.

DISCURSO DEL SEÑOR CUESTA

ARZOBISPO DE SANTIAGO.

(Continuacion.)

Las naciones católicas se defendian contra un agresor. ¿Qué extraño es que hubiese esceso en la defensa? ¿Quién puede contrarestar esa situacion? Yo repito que no apruebo los rigores de Felipe II; yo condeno la matanza de san Bartolomé; condeno los actos de fanatismo de aquellas épocas lamentables. ¡Ojalá hayan pasado para no volver mas! Ya no cabe quemar hombres por motivos de religion: nadie piensa en eso. ¡Ojalá hayan pasado para siempre aquellos tiempos de furor y de fanatismo! Las ideas y las costumbres se han suavizado.

Si ahora se examina bien á qué se reducen los abusos y la intolerancia de la Iglesia católica, tema de que se viene ocupando continuamente la prensa irreligiosa, ¿á qué se reduce esa intolerancia de la Iglesia? Se reduce á que á los hijos rebeldes les imponia penas espirituales, y dejaba á los reyes católicos el defender directamente al estado, é indirectamente á la Iglesia, contra heregias turbulentas y sediciosas. Pero la Iglesia no impuso á los reyes esos códigos severos por los cuales se quemaba á los hombres; la Iglesia no podia modificar esos códigos que eran efecto de las ideas del tiempo, esos códigos severos formados por los áulicos de los reyes. ¿Quién os responderá á vosotros de que no haya en nuestro tiempo alguna idea que ejerza tiranía sobre los talentos mas claros? Pues tambien en aquella época habia ideas que ejercian tiranía sobre los mejores entendimientos. No entremos, pues, en nada de eso que ha sucedido. Repito que la Iglesia no tuvo parte en esa legislación severa, en esa legislación, si quereis, draconiana. La Iglesia no formó esa legislación; no hacia mas que decir si uno era hereje, si la doctrina que enseñaba era ó no herética. La Inquisicion entre nosotros tenia una parte ecle-

siástica y otra civil. La parte civil era la que se encargaba de los castigos, y esa parte civil, esa legislación no la formó la Iglesia sino los reyes; los reyes la formaron para su defensa; quiero insistir sobre esto: así se defendian los reyes.

Después de esto, voy á acercarme á defender mi enmienda. Yo no puedo menos de reconocer los buenos deseos, las buenas intenciones de la comision y el trabajo que se ha tomado para hallar una fórmula aceptable, una fórmula aceptable á todos, respecto á la cuestion religiosa. Tengo que darla las gracias por todos esos esfuerzos y por la benevolencia con que nos ha oido, sin que nosotros pretendiéramos dar consejos. Fuimos llamados y dijimos nuestro parecer sencillamente. La comision después hizo lo que la pareció.

La comision, al buscar una fórmula aceptable á todos, andaba buscando la resolución del problema de la cuadratura del círculo, la cuadratura del círculo, señores diputados, porque la unidad religiosa es indivisible. O se la conserva, ó á poco que se la toque se la destruye. ¿A qué pensamiento ha obedecido la comision para establecer el artículo 21 del proyecto de Constitucion? Si se considera bien, parece que ha querido tener cierta condescendencia con los extranjeros, porque dice el artículo que se garantiza el culto público y privado á los extranjeros, y que si algun español en adelante quiere ser protestante ó judío, tambien podrá usar de esa misma garantía. De modo que parece que directamente se ha querido favorecer á los extranjeros. ¿Qué victoria han conseguido sobre nosotros los extranjeros para que tengamos con ellos esa tolerancia, esa condescendencia con sus caprichos? Si mal no recuerdo aquí se produjo una enmienda para que la libertad de asociacion se hiciese estensiva á los extranjeros, y la comision contestó: «que en España se legislaba para españoles y no para extranjeros; que respecto á los extranjeros, lo que procedia era hacer una ley de extranjería; pero no establecerlo en la Constitucion, porque la Constitucion es para España y para los españoles.» ¿*Cur tam varie?* Pregunto yo. ¿Cómo se hace un artículo religioso para los extranjeros si no se quiere ni cree conveniente hacer un artículo de asociacion para los extranjeros? No lo comprendo.

Voy ahora á examinar ese mismo artículo bajo el aspecto filosófico, bajo el aspecto cristiano y bajo el aspecto político y económico.

¿Qué dice la filosofía sobre la unidad religiosa? La filosofía dice que la verdad religiosa es una, como uno es Dios, que no hay mas que una verdad religiosa, que por consiguiente no debe haber mas que una manifestacion de ella, un culto, porque el culto no es mas que la manifestacion de las creencias religiosas.

Pues bien, si la verdad religiosa es una y no puede ser mas que una, el culto debiera ser uno, no solo en un Estado sino en todo el mundo. Si los hombres todos adorasen al mismo Dios, en los mismos templos, con los mismos ritos, formando todos como una sociedad de hermanos que tienen su Padre en el cielo, eso seria el bello ideal de la razon, es(a es la voz de la naturaleza, esta es la perfeccion, la perfeccion del género humano, bajo el aspecto religioso. *Un Dios, una fé, un bautismo* decia San Pablo: *que todos sean uno*, decia Jesucristo en la oracion que hizo en la noche de la cena: *Padre mio, que todos sean uno*

como *Tú y Yo somos una cosa*: un Pastor y un solo redil.

He aquí las ideas de unidad religiosa que enseña la filosofía de acuerdo con el cristianismo.

Todos los pueblos han tenido este mismo sentimiento, este mismo instinto de unidad: *separatim nemo habessit Deos*, decía la ley de la Doce Tablas: *nadie tenga Dioses separadamente*. Los atenienses hicieron beber á Sócrates la cicuta porque proclamaba la unidad de Dios. Los pueblos, repito, han tenido ese instinto de no admitir religiones estrañas. El principio es cierto; pero de él se han hecho aplicaciones falsas, así como se han hecho de otros principios muy óbvios del derecho natural. ¿Qué cosa mas natural y mas justa que el que los hijos socorran á sus padres en sus enfermedades? ¿Pues como aplicaban ese principio los antiguos en la isla de Ceilan? Cuando el padre caía enfermo el hijo le mataba para que no padeciera. He ahí una mala aplicación de un buen principio. Es cierto que el hijo debía socorrer á su padre: pues bien, el hijo decía: «yo socorro á mi padre, que está enfermo, matándolo, porque así no padecerá; luego le mato.» He ahí la mala aplicación de un principio bueno.

Pues del mismo modo, los pueblos han tenido el buen instinto de decir que no se deben admitir religiones distintas de la que hay en el Estado; pero han hecho una mala aplicación de él, como la hicieron con Sócrates. El pueblo debió ver, debió examinar si Sócrates proclamaba la verdad, y si era verdad que no habia mas que un solo Dios invisible, Criador del mundo. Por el mismo principio á los primeros cristianos se los degollaba, porque se les consideraba como perturbadores del imperio, y debieron examinar si la religion que predicaban los apóstoles venia revestida de los caracteres de la verdad, y en ese caso debieron decir: *paso á la verdad, que debe ser la reina del mundo*.

El cristianismo por fin venció, el cristianismo fué caminando hácia la unidad entre las heregias. Vino la irrupcion de los bárbaros, y la Iglesia amansa y vence á aquellos soberbios vencedores haciéndolos cristianos, y la Europa lleva adelante la obra de la unidad católica. Nuestro Recaredo con sus magnates visogodos abjura el arrianismo y se proclama el catolicismo como la ley fundamental de la nacion española. La Europa constituida en esa unidad, se levanta como un solo hombre en la Edad Media para detener con brio el impetu del islamismo. Si eso no hubiera sucedido, la Europa estaria hoy como Marruecos y los demas países sometidos á la falsa doctrina de Mahoma.

Nunca fué mas grande nuestra nacion que cuando en ella estuvo mas vivo el sentimiento religioso, pues entonces fué cuando descubrió un nuevo mundo. La reina Isabel, la Católica, no la *mogigata* como aquí se ha dicho, aquella reina magnánima vendió sus joyas y le dió su importe á Cristóbal Colon para que fuera á descubrir un nuevo mundo. La unidad católica vigorizó en la guerra de la Independencia el gran sentimiento de la patria, para vencer al coloso del siglo, que habia amarrado al carro de su fortuna á la Europa entera. En fin, cuando hay una idea grande, esa idea siempre levanta á un pueblo, siempre hay esperanzas de levantarlo.

He aquí, pues, lo que dicen la filosofía y la historia sobre el instinto de unidad.

La verdad religiosa es una. Poco importa que algunos sofistas se empeñen en decir que hay muchas verdades encontradas, porque á esos se les puede contestar como se contestaba á aquel que negaba el movimiento, comenzando á pasearse delante de él. La verdad religiosa es una y no puede ser mas que una.

¿En nombre, pues, de qué principio se pide la pluralidad de religiones y de cultos? ¿Se mira eso como una conquista de los tiempos modernos? ¡La pluralidad de cultos! ¡Ah! La pluralidad de cultos es un mal, porque todos, menos uno, son falsos.

¿Se pide en nombre de la razon? ¿Se pide porque cada hombre tiene derecho á profesar la religion que le dicte su capricho? ¡Ah! El hombre no tiene derecho á profesar la religion que quiera: el hombre tiene obligacion á profesar la religion verdadera, cuando le es suficientemente propuesta, y si abraza una falsa, será mas ó menos culpable segun la buena fé, ó segun los grados de ilustracion ó ignorancia que tenga; pero derecho á abrazar el error! ¡Derecho á abrazar el mal! Si me fuese permitido usar de una frase vulgar, diria que estas dos palabras *braman* de verse juntas: ese derecho no le tiene, no lo puede tener el hombre. El derecho es una emanacion de la eterna justicia, que es el mismo Dios, y la justicia eterna no puede dar derecho al hombre para que abrace el error: lo único que hace es disculparlo, pero no aprobarlo.

¿Se pide la libertad de cultos en nombre de la libertad de pensar? ¿Qué significa la libertad de pensar? ¿Se quiere decir que al pensamiento no se le pueden poner trabas, que el pensamiento es incoercible? Esto es una cosa óbvia que la sabe todo el mundo. ¿Se quiere decir que el hombre tiene libertad para pensar lo que quiera sin pasar plaza de loco? ¿Quién tiene derecho para pensar que dos y dos son cinco? ¿Quién tiene derecho para pensar que los tres ángulos de un triángulo no son iguales á dos ángulos rectos? ¿Quién tiene derecho para pensar que un cuerpo grave abandonado á sí mismo no cae hácia el centro de la tierra? ¿Quién tiene libertad para pensar, que el todo no es mayor que una parte? ¿Quién tiene libertad para pensar que ahora no es de dia en este hemisferio? Y otras mil cosas por este estilo.

¿Dónde está pues la libertad de pensar? Nuestro entendimiento no es libre las mas de las veces: nuestro entendimiento está necesitado, se arroja con impetu irresistible hácia la verdad, cuando la ve clara, cuando la ve sin nubes, y cuando la ve sin velo. La libertad no está en el entendimiento: la libertad está en la voluntad. Solo en un caso cabe la libertad de pensar: *in dubiis libertas*, dijo San Agustin con profunda sabiduría: *en los casos dudosos cabe la libertad*.

Si me preguntais, por ejemplo, si hay habitantes en la luna, yo diria que no lo sé; pero mi voluntad puede mandar á mi entendimiento que se fije en estas ó las otras congruencias; por ejemplo, en que la luna es un planeta, en que recibe como la tierra la luz del sol, en que tiene montañas, en que hay en ella valles, en que se notan sombras por medio del telescopio; y entonces mi entendimiento, fijándose en estas congruencias, puede decir aunque con timidez: es posible que en la luna haya habitantes. He aquí los casos de la libertad de pensar: cuando hay dudas, cuando la verdad no aparece clara; pero

cuando la verdad es evidente, entonces el entendimiento se arroja e irresistiblemente se dirige á la verdad porque para ella ha sido criado.

Voy á considerar ahora la cuestion bajo el aspecto católico. Tengo el sentimiento de que algunos individuos de esta Cámara no sean católicos: la generalidad lo es indudablemente y á ella me dirijo, con los demas no hablo.

Yo comprendo perfectamente que un ateo ó que un panteísta sostenga ciertas ideas. Digo un ateo ó un panteísta porque son la misma cosa, y recuerdo á este propósito que se ha dicho con mucha gracia que el panteísmo es el ateísmo mas la mentira ó la hipocresía.

Digo que comprendo que un ateo ó un panteísta pidan, no la libertad de cultos, sino la abolición completa de todo culto, de toda religion. Como para los ateos y panteístas no hay Dios; como ellos no creen que haya un Dios que se distinga de la naturaleza material, no tienen á quien dar culto. Están, pues, en su lugar, quiero decir, son lógicos partiendo de su sistema falso, porque no están en su lugar los que profesan el error; son lógicos sacando las consecuencias que se deducen de su falso sistema, y de ellas resulta la abolición de todo culto.

Comprendo que un deísta que admite un Dios personal distinto de la naturaleza visible, pero que le coloca allá en los polos del mundo, y le considera como un Dios ocioso, entorpecido y soñoliento, que no se ocupa de las cosas de la tierra, que no se cuida de los hombres, que no le importa que sean buenos ó malos; comprendo, digo, que el deísta es lógico pidiendo la completa libertad de cultos, porque como los considera como invenciones humanas, no hay razon ninguna para que se dé la preferencia á una fábula sobre otra.

Pero un católico, un católico que tiene la convicción de que su religion es la única verdadera, que sus principios han sido enseñados por el mismo Dios que no puede engañarse ni engañarnos; el católico, que está persuadido de que su culto, que consiste en la oblación del santo sacrificio de la Misa, renovacion misteriosa del santo sacrificio de la Cruz; un católico, que debe creer que los que están culpablemente fuera de la Iglesia católica no pueden salvarse, no puede pedir la libertad de cultos. Digo culpablemente fuera de la Iglesia católica, notadlo bien, Sres. Diputados, porque los que sin culpa suya estén fuera de ella, pueden salvarse. Muchos protestantes de las aldeas pobres que creen en Jesucristo y en las principales verdades de nuestra religion, esos ó muchos de esos están fuera de la Iglesia inculpablemente y pertenecen al alma de la Iglesia; parece que son protestantes, y realmente pertenecen á la Iglesia católica, por cuya razon pueden salvarse.

El discernir quiénes están fuera de la Iglesia culpablemente, y quiénes lo están inculpablemente, es muy difícil para nosotros: eso se queda para Dios.

Hé aquí por qué no debe espantar tanto la máxima de que solo los que están dentro de la Iglesia católica pueden salvarse, cuya máxima sirve de pretesto para que se nos tache de intolerantes. Se refiere esta máxima á los que mueren fuera de la Iglesia por su culpa, porque los que no han tenido medio de saber, por falta de ocasion ó de capacidad ó por otras causas, si Dios ha hablado á los hombres ó nó, y cuáles son las señales de la religion verdadera, esos pueden salvarse, de esos tiene Dios compasion indudable-

mente, y muchos se salvarán.

Pues ahora bien: un católico, que sabe que su religion ha sido revelada por Dios que no puede engañarse ni engañarnos; un católico, que sabe que el culto fué prescrito por el mismo Dios desde la noche de la Cena, cuando despues de consagrar el pan y el vino, dijo: «Haced esto en memoria mia por todos los siglos;» un católico, que sabe que el que está fuera de la Iglesia católica culpablemente no puede salvarse si no se arrepiente; un católico, que tiene esta convicción, ¿cómo llama á los cultos supersticiosos para que vengan á manchar nuestro suelo si no hay una causa grande y poderosa que nos obligue á ello?

Llamar á los cultos falsos es lo mismo que decir: «Venga á España el que quiera ofender á Dios con la superstición.»

He dicho *si no hay una causa grande y poderosa*, porque la Iglesia reconoce la máxima de que cuando una Nación se halla dividida en dos bandos que disputan con las armas en la mano el ejercer públicamente su culto cada uno de ellos, cuando sostienen una lucha fratricida por defender esas ideas, es justo entonces entablar negociaciones para hacer que cese esa lucha, y para permitir y tolerar que cada partido ejerza su culto públicamente. Este es el caso en que la tolerancia de cultos es lícita y honesta, tan lícita y honesta que yo mismo aconsejaria y diria al monarca mas santo: «Concédala Vd., porque esto es lo mas justo y lo mas conveniente en esta Nación que se está destrozando con las armas en la mano.» ¿Pero estamos en este caso los españoles? ¿Hay acaso en España dos grandes partidos, casi iguales, que peleen el uno por la tolerancia ó la libertad de cultos, y el otro por la unidad católica? ¿Lo piden con las armas en la mano, luchando en una guerra fratricida y derramando la sangre á torrentes?

¿Hay esto en España? Lo que hay en España es una minoria que desgraciadamente, segun parece, renuncia á la religion católica, á la religion verdadera; pero yo diré que á pesar suyo la mayoría, la inmensa mayoría del pais somos católicos. Y cuando no hay esto en España, ¿por qué hemos de romper nuestra unidad religiosa, por qué hemos de llamar á los cultos estraños para que vengan aquí á ofender á Dios?

Por otra parte, ese llamamiento de cultos estraños trae consigo la propaganda de esas mismas sectas, trae la perversion de muchos españoles flacos, traeria el escepticismo.

Por otra parte, señores, los estrañeros pueden venir á España, como han estado viniendo, á hacer su negocio. ¿No han venido á hacer contratas de ferro-carriles y otras operaciones? ¿Quién se lo ha impedido? ¿Quién les ha puesto embarazo alguno para hacer su negocio? Que se contenten, pues, con esa tolerancia práctica que se halla establecida ya hace algunos años en nuestra España.

Réstame considerar brevemente la cuestion bajo el aspecto político. Es bien sabido que los grandes hombres de Estado desean la unidad religiosa para su nacion.

Montesquieu decia que la nacion que tuviese unidad religiosa no debia admitir otros cultos, porque la unidad religiosa es un elemento de fuerza. Esto es evidente; esto se comprende á primera vista: la unidad religiosa es un elemento de fuerza, y ese elemento es el que nos dió la fuerza en la guerra de la Independencia. Pitt decia: «¡Ojalá levante al pueblo español su unidad religiosa contra Napo-

leon; tendríamos segura la victoria!» En efecto, acertó; le salió la cuenta.

La libertad de cultos, señores, significa en nuestra España el escepticismo; porque en efecto, nuestro pueblo sencillo, que no ha visto otros cultos, al presenciar que se levanta altar contra altar, al ver las críticas de los emisarios del error, al oír las invectivas contra el Papa, contra la Iglesia y contra el clero; al ver todo esto comienza á titubear. ¡Qué extraño es! Es mucha verdad; las conversaciones malas destruyen las buenas costumbres. Nuestro pueblo sencillo comienza á titubear.

Es verdad que se ha dicho que con la concurrencia se va á escitar el sentimiento religioso, que con la concurrencia de los protestantes se vá á despertar mas la fé religiosa, y los eclesiásticos estudiaremos mas. ¡Ah, señores! La Iglesia no ha adoptado nunca ese medio para traer á los pueblos á la virtud y á las buenas costumbres: nunca ha llamado á los heterodoxos, á los hereges para eso, sino que ha llamado á sus predicadores, á sus misioneros, para que vayan á recordar á los pueblos las verdades eternas: y esto ha producido y produce maravillosos resultados.

Por otra parte, el clero español tiene bastante que hacer con combatir la incredulidad y el racionalismo; no necesita combatir el protestantismo, porque está ya vencido en el campo teológico, porque está disolviéndose como un cadáver lleno de gusanos. Así es que los hombres doctos de Inglaterra, de Alemania y de los Estados-Unidos, ó se convierten al catolicismo, ó van á engrosar las filas del racionalismo. Este es el fenómeno que está pasando en el mundo.

¿Sabeis lo que es el protestantismo? El protestantismo no es una doctrina, no es nada. ¿Qué es el protestantismo? pregunta en su *Catecismo* el obispo anglicano de San David. El protestantismo es el odio al catolicismo, es la esclusion de los católicos de todos los empleos. He aquí la contestacion que da un obispo anglicano á esa pregunta: el protestantismo es el odio al catolicismo; de modo que no es mas que odio. ¡Se nos quiere traer, pues, á luchar el odio contra el amor, contra una religion de amor! He aquí lo que se nos quiere traer con el protestantismo.

Se ha hablado tambien de la reciprocidad: «¿Por qué nosotros hemos de ser singulares? Todas las naciones nos permiten ejercer públicamente nuestro culto: ¿por qué no hemos de permitir nosotros lo mismo?» ¡Ah! El argumento tiene mas de especioso que de sólido. Es lo mismo que decir: «Yo tengo una moneda de buena ley; cámbiamela por una falsa.» ¡Ah, señores! ¡Esta no es reciprocidad, cuando nuestra religion es la única verdadera! ¡Queréis que entreguemos nuestra religion verdadera por una religion falsa, una moneda de buena ley por una moneda falsa! Esto no seria reciprocidad; esto seria engaño.

Por otra parte, la pluralidad de cultos es un mal indudablemente; y porque tengamos la suerte de carecer de ese mal, ¿lo hemos de llamar á nuestro pais? Si el cólera morbo hubiese invadido á toda la Europa, y España tuviese la fortuna de hallarse libre de él, ¿seria esta una razon para que llamásemos al cólera á nuestro pueblo con objeto de que los médicos estudiasen cuál era el mejor plan curativo? Pues eso sucede con los cultos falsos: si enemos el verdadero ¿para qué otros?

Hasta en Roma se ha querido hallar ejemplo de esa tolerancia religiosa. Se ha dicho que no hemos de ser mas católicos que el Papa, y que habiendo en Roma tolerancia de cultos, porque no habia de haberla tambien en España.

Voy á manifestar lo que hay en Roma, porque he visto aquella ciudad. Allí, en efecto, hay un barrio donde viven los judíos; pero habeis de saber que cuando fué San Pedro á Roma á predicar el Evangelio; ya habia judíos en aquella ciudad: desde aquella fecha data su existencia allí. Pero hay una razon especial para que en Roma se les tolere como en ninguna otra parte del mundo. Los judíos son una prueba patente de la verdad del catolicismo: ellos tienen la Biblia, ellos tienen las profecias, con las cuales se demuestra que Cristo es el Mesías prometido, y ellos dicen que esos libros los recibieron en su origen del mismo Dios.

He aquí por qué son tolerados en Roma los judíos, pero con muchas precauciones. Antes se cerraba el barrio á ciertas horas: este Pontífice les deja ya salir siempre; pero se les obliga á que vayan á oír la predicacion del catolicismo en una Iglesia inmediata, donde hay un gran Crucifijo sobre la puerta con un versículo escogido de un salmo muy apropiado, que dice: «Todos los dias estoy estendiendo los brazos á un pueblo que no cree en mí y me contradice.»

Creerán en su dia, porque están llamados á creer: los judíos se han de convertir al fin. Están claras y terminantes las profecias! Ese pueblo misterioso está reservado por Dios todavía para grandes destinos.

Se dice tambien que en Roma hay una capilla protestante. Efectivamente, fuera de la puerta del *Pópulo* hay una casa que no tiene forma alguna de iglesia, donde las muchas familias inglesas que acuden á visitar las bellezas de Roma, se reúnen los domingos á leer la Biblia y á hacer sus oraciones.

El origen de esto fué que cuando Pio VII estuvo cautivo en Francia, los protestantes se aprovecharon de su ausencia para establecer aquella capilla; y cuando Pio VII volvió y quiso impedirlo, no pudo hacerlo porque terció la diplomacia, y tuvo que aguantar aquella exigencia de la poderosa Inglaterra, como aquí tendríamos que sufrirla si nos la impusieran á la fuerza.

Se ha acudido á todos los argumentos imaginables para probar la necesidad de romper la unidad católica, y entre esos argumentos se ha dicho que con la libertad de cultos mejoraria nuestra agricultura, nuestra industria y nuestro comercio.

Yo digo á esto que ó sobran ó faltan agricultores en España, ó sobran ó faltan industriales. Si sobran, no sé para qué queremos mas; si faltan, entonces no comprendo por qué la emigracion á Ultramar abandonando los propios campos. Si sobran industriales, ¿para qué nos hace falta que vengan mas? Y si faltan, no se explica por qué hay tantos industriales que carecen de trabajo.

Que vendrán los capitalistas y establecerán aquí un gran comercio. ¡Ay, señores! Los capitalistas se suelen cuidar muy poco de la religion: están al alma del negocio mas bien que al negocio del alma. Esta es la verdad, y de consiguiente, á esos señores les importa poco que haya ó no libertad de cultos. con ella y sin ella vendrán á esplotarnos. (Se concluirá.)